



Hotel Abismo

Asado a las doce

Carlos Vázquez Cruz

Era medianoche. Lo mismo que decir las doce en punto de la madrugada. Lo supe por el reloj.

La electricidad de la casa estaba bastante mal. Espero que ese *bastante* no parezca excesivo, pues –aunque sea difícil creerlo- quise pecar de parquedad y omitir el *demasiado* que pensé utilizar al comienzo. Si mi explicación parece “innecesaria”, puede adjudicarse a que, sin duda, debí ser cien por ciento franco y recurrir al adverbio *extremadamente* en la cuarta oración. Sólo así hubiese comenzado la narración sin digresiones debidas a mi afán por relatar los acontecimientos con absoluta fidelidad.

Todo comenzó hace dos semanas cuando me senté a la mesa de la cocina de la casa de mis padres para redactar un diálogo con dato escondido, según lo asignó el profesor del taller de cuento. Invasado por el germen de la sospecha, convencido de que me haría falta en lo sucesivo, escribí mi número telefónico en el encabezamiento de lo que sería una extraordinaria historia. Lo hice de la siguiente manera:

(787) 157-0999

Barrio Hato, Km. 2.1...

Pero me interrumpí mientras añadía la dirección física. Lo juro; no fue supersticiosa; jamás presté atención a esas tonterías. (Sin embargo, ahora más que nunca, me siento presionado a abrir

paréntesis para expresar un postulado: el proceso creativo es un tipo de trance psíquico en el cual el ser humano procura equilibrar la “incompleción” supuesta en el plano material, con las necesidades inconscientes escindidas entre el nivel metacognitivo y el estrato espiritual.) Bueno, al asunto. La noche estaba envuelta por silencios; todos ellos se dieron cita. Mi musa, dormidísima, trazando -a duras penas- información personal. De repente, llegó a mis oídos un susurro que me erizó la piel.

En realidad, era una sinfonía de murmullos tocando *pianísimo* (con suavidad sostenida). Pensé: “¿qué carajo es eso?” Afiné el oído lo mejor que pude. Creí que el zumbido! manaba del cuarto de mi hermana (a veces, se masturbaba pensando que nadie la oía). Caminé hacia su habitación, pero no: ningún sonido salía de allí. “Ah, pues el ruido nace en el aposento de papi y mami”, concluí. Algo me sugería: “Ecuación básica: ruido + noche = sexo”. Pero quien ose confiar en mis axiomas matemáticos, es tan genial como el que se atreva a apostar una fortuna para reforzar la teoría de la planicie terráquea. A excepción de los ronquidos de mi padre, los conatos de rumores parecían distanciarse mientras más me aproximaba al dormitorio. Por lo tanto, regresé a la cocina.

De aquel lugar emergía el motivo de mi inquietud auditiva. Me acerqué sin! disimulo a la ventana que estaba en el centro de la pared contra cuyas esquinas derecha e izquierda se recostaban los lados diestro del tope de estufa y el horno eléctrico, y el siniestro de la nevera respectivamente -calor y frío, frente a frente. Sentí un ligero nerviosismo de pavor al leer la hora en los numerales rojos del reloj eléctrico (mi padre había comprado uno idéntico para cada habitación del hogar) puesto sobre el refrigerador. Las doce. Consideré imperioso detectar la fuente de los cuchicheos. Quizás algún asunto de placer o de trifulca se cocinaba en casa de mi prima... Nada. Mejor dicho. Cero señales en el exterior. Haciendo honor a la verdad, me pareció identificar la fuente. Me concentré hasta salir de toda duda. En efecto, eran voces. Alaridos, estridencias guturales que procedían del horno.

¿Abrir o no abrir? Ese era el dilema. Ni siquiera consideré llamar a mi hermana.! ¿Creerme? *Never!* De seguro, diría: “So pendejo, déjate de mierdas y vete a dormir”. Conociéndola como la conozco, se voltearía del otro lado para culminar su sueño erótico con el primer cantante de moda que le hubiese a florado a la mente. ¡Dios mío! Tampoco iría a la estancia de mi madre a gritar: “¡Hay gente en

el asador!". La mandada al infierno que proferiría su instinto maternal, sería histórica. ¿Qué hacer? Pues un hombre de treintipico años no puede estar cagándose encima por cualquier insignificancia. Así que me dispuse a enfrentar los temores.

Me arrimé cautelosamente al descomunal artefacto, ubicado – más o menos- a la altura de mis muslos. Sólo a mami se le pudo ocurrir pertrecharse de un ! *enser* tan grotesco. Era grandísimo, consumía mucha energía y (si mal no recuerdo) toda persona al verlo -con argumentos dotados de originalidad- lo conceptuaba "el peor de los insultos dirigidos a la estética tecnológica". La amplitud del tamaño de la gruesa placa de cristal incrustada en la puerta, bastaba para estimar la capacidad del instrumento. La anchura y la profundidad del interior eran suficientes para infundir lejana reverencia. Ahora bien, eso sí, el esmero con que mi madre lo cuidaba era digno de encomio. Estaba resplandeciente. "Parece un espejo. Se puede comer en él", según ella misma proclamaba. Aún así, a cada paso, se intensificaba su vocífero interno hasta que pude descifrar: eran lamentos; estaba seguro de ello. Pero, como reza "el viejo y conocido refrán", "la curiosidad...". Me agaché. ! Tenía que saber. Y supe.

Inhalando ímpetu de la densa tensión en el ambiente, abrí la tapa del maldito *General Electric*. Se desvaneció la vocinglería. Todo fue un espantoso mutismo. Me dio la impresión de escuchar un demoníaco quejido a destiempo, un grito minúsculo que aprovechó la oportunidad para encubrirse tras el chirriar de la pesada puertezuela. "¡Qué suerte tiene el cabrón!", reflexioné como si me hubiesen investido en poder, con la certeza de que el obligado silencio de las voces evidenciaba el temor a ser descubiertas. Siempre despierta una sabrosa pasioncita, la noción de que uno insufla cierta respetabilidad, en especial a los extraños. Ante la decepción de no ser confrontado, volví a cerrar el aparato, regresé a la mesa, guardé la hoj! a en que debí comenzar el diálogo asignado, apagué la luz y, a tientas, me retiré a dormir.

En cuanto llegué al cuarto, me desplomé en la cama con la ropa puesta. Me quité los zapatos y las medias para dar a los pies la sensación de liberación. Estaba exhausto. Tanto, que sentí el parpadear de un brillo rojo y tardé casi dos minutos en desviar la mirada con pesadez para localizarlo. Era el radio-reloj, al lado derecho. "¡Qué raro!", medité recordando el que vi en la cocina, "Hoy no se ha ido la luz". No sabía el porqué, mas interpreté en él

una señal de alerta. Marcaba las doce intermitentemente, las doce reiteradamente, siempre las doce. No puedo negar que me dio un temorcillo, pero casi imperceptible. Yo tengo treintipico años, miren, no me iba a poner con inseguridades a esas alturas. Por ello, tomé una medida preven! tiva: cogí una toalla oscura para cubrirlo. De ese modo, estaría satisfecho, podría entregarme al descanso, lo cual intenté.

Al cabo de un rato y varios revuelcos, caí en cuenta: tendría insomnio. Era posible que la agitación se debiera a los diversos episodios de estrés experimentados en tan poco tiempo. Para tratarme como merecía, opté por encender la radio que tenía a la izquierda, programarla para que se apagara en media hora, y brindarme una oportunidad de relajación. Sin embargo, casi ninguna estación transmitía programación durante aquel período (el tiempo que fuese, ya que mi único marco referencial era la advertencia de la eterna medianoche centelleando bajo una fabricación textil). Luego de tanta búsqueda, sintonicé música en un número de frecuencia que he olvidado. Al cabo de! un tiempo impreciso, dos detalles me parecieron súper raros: primero, que –con ser asiduo oyente- no pudiera siquiera tararear una sola de las melodías de la emisora, y, segundo, me inundó la fuerte impresión de que, en el plano instrumental de fondo en cada canción emitida, yacía un mensaje subliminal. “Es demasiado, Carlos”, me habló para envalentonarme, “Déjate de estupideces”. Inútil. Fue imposible deshacerme de la sospecha. Tenía que comprobar la hipótesis o descartarla.

Respiré paciencia como veinte veces. Busqué el estado alfa (de total concentración) como aguja en un pajar... hasta que apareció. Oí. Capté el sonido con detenimiento. “Ardo por ti”, entonaban, “y eternamente en ti”. Di un suspiro de asombro. Temblé un poco también por lo desconocido. Me alteré: reacci! ón del todo opuesta al *decrescendo al niente* (bajar la voz hasta llegar a la nada) que llevaba la pieza. Casi sin importancia. Del mismo modo que lo haría un hombre valeroso en los distinguidos treintipico. Cúspide del estadio de suspensión anímica que procuraba. Me mantuve en ella durante casi dos segundos -estimé-, los necesarios para advertir lo dicho por aquel coro de voces tan conocidas para mí. Era un macabro contracanto de alaridos infernales en que las lamentaciones incesantes procedían, se alternaban y sucedían la repetición eternal de dos palabras pronunciadas con marcado cuidado y, como

consecuencia, impoluta articulación: "El horno. El horno...". Como por arte de magia, *off!*, se apagó el dispositivo. Se fue la luz.

De un sobresalto, quedé sentado! en la cama a un ángulo de noventa grados. Podría decir que las tres décadas y media se me fueron al culo, mas me reincorporé mecánicamente. Pude haberme quedado en la cama, ¡total!, iba a dormir. (Pero no.) Pude haber desconectado el equipo electrónico, evitar que el resplandor de uno y el estímulo auditivo del otro, me despertaran cuando se restableciera el servicio energético. (No.) Pude encender una vela y emprender el primer paso digno de la tarea cuyo vergonzoso inicio hacía patente mi falta de imaginación. (Menos.) Pude todo y nada hice. La curiosidad y el gato. Inserté los pies en las chancletas. Empecé el viaje. Próximo destino: la cocina.

Como boca de lobo. Así, todita la casa. Tanteando la pared del pasillo... una, dos... encontré las jambas. Crucé el umbral. Sin dilaciones, se instalaron otra vez en mis oídos, las vibraciones del principio. Ya era! innecesario divagar. Por lo tanto, me dirigí al tope de estufa (primera alternativa) y me puse en cuclillas frente al horno eléctrico. El vocerío se manifestaba con mayor vehemencia, tal vez, a causa de la ensordecedora serenidad nocturna, acentuada por la falta de energía. Sigilosamente, coloqué la mano derecha en el mango de la puerta del asador. (Voces desajustadas.) Suspiré sosiego; recordé que me temían. (Voces descontroladas.) Esboqué en los labios una línea de terror disfrazada de sonrisa. (Voces luciferinas.) Bajé la puerta.

Nada. Duplicación de la respuesta antes obtenida. Falsa alarma. "¿A quién se le ocurría considerar encontrar gente en un sitio tan lúgubre y desolado como ese lienzo del arte culinario? ¡Y, además, gritando! ¿Por qué no podían estar comiendo? ¿Qué clase de ridiculez era esa?" Tales incógnitas me condujeron a ponderar mi carga de miedos irracionales, sobre todo, porque soy adulto. ¡Muy bien! ¡Fuera el espanto! Sin embargo, abruptamente, había que despedir dubitaciones por la vía empírica, con la demostración, por lo cual, casi sin reflexionar, me sorprendí tocando las paredes internas del artefacto: arriba, fondo, izquierda... Empujaba, sobaba, palpaba de cuantos modos fuesen posibles hasta casi convencerme. Casi.

El *enser* estaba tan immaculado que mis ojos se reflejaron en la niquelada placa de metal, lo cual activó -con el susto- mis esfínteres. Me aterroricé; el horror detonó en el corazón de un varón de siete

lustros de vida. “Chico”, expresé para procurar animarme, “no seas tan cobarde, ‘mano”. Empero! me pareció que algo poco usual acontecía. Las paredes del útil simulaban inconsistencia, laxitud; se ablandaban ante mi mirada escrutadora, la cual traté de enfocar para corroborar mi percepción. Me descubrí ante el tétrico cristal ominoso de lo *inimaginado*. Lo definí como uno de los tantos espejismos escondidos en las insondables sombras. Seguí tocando como un desquiciado, y las sentí.

Cuatro, cinco, seis manos. Desconozco. Lo cierto es que me halaron hacia el interior del instrumento. Tiraron con tanta fuerza que me golpeé la cabeza con la parte superior externa del mismo y padecí aturdimiento momentáneo. Fue difícil reaccionar a tiempo. La fragilidad invadió, y me dejé llevar. Mejor dicho, me dejé traer. Escuché el estruendo de la puertezuela al cerrarse y volteé la! cabeza para observar por el despejado cristal incrustado en ella, que simulaba –desde dentro- una pantalla televisiva. Lo único que alcancé mirar fue la iluminación que me hizo pensar en el restablecimiento de la (ahora sí) *extremadamente* defectuosa electricidad de la casa, y, frente a mí, a la distancia (sobre la nevera), la intermitencia roja del reloj que –al fin- cambiaba para marcar las doce y uno de la madrugada.